
LAS DEBILIDADES DE LA ETNOLOGÍA MARXISTA

Laura Ibarra

Según el pensamiento azteca, el sol necesita diariamente de la fuerza que le otorgan la sangre y los corazones humanos para recorrer los cielos y poder salir airoso en la lucha contra los oscuros poderes de la noche. Sin este alimento el sol se encuentra en peligro de desfallecer con lo que la existencia del universo llega a su fin. Considerándose el pueblo elegido para mantener el cosmos con vida, los aztecas emprenden la guerra contra las ciudades vecinas y más tarde contra los pueblos lejanos, tratando de hacer el mayor número posible de prisioneros, cuyo sacrificio ofrecen al sol. Gracias a la sangre y al corazón de los sacrificados, éste recobra nuevas energías para continuar su camino.

Según la arqueóloga Laurette Séjourné, este pensamiento religioso no es otra cosa que “una arma política en manos de déspotas inexorables”. Conforme a su interpretación, la clase social que ostenta el poder en Tenochtitlan se apropia de la antigua visión tolteca del mundo y la transforma en un instrumento de dominación. Esta “traición de la antigua religión” se debe a la necesidad de legitimar la política de expansión azteca.¹

La existencia de Tenochtitlan reposaba sobre los tributos de los países conquistados, y es fácil comprender la necesidad imperiosa que tenían los aztecas de un sistema de pensamiento que sostuviese su imperialismo. Es indiscutible que la necesidad cósmica del sacrificio humano constituyó un slogan ideal, porque en su nombre se realizaron las infinitamente numerosas hazañas guerreras que forman su historia y se consolidó su régimen de terror.

Con respecto al mecanismo a través del cual el pueblo azteca se apropió de esta visión del mundo, Séjourné afirma lo siguiente: si se

parte del supuesto, de que ninguna religión que debe despojar al hombre del miedo a su destino, puede surgir del fundamento de leyes destructoras y que los aztecas asimilaron originalmente, es decir después de su llegada al Valle de México, la grandeza moral del pensamiento tolteca, de menos parcialmente, hay que suponer que la idea de que la vida del sol requiere de la sangre humana, sólo pudo ser impuesta al pueblo azteca a través de la violencia.

En forma semejante interpreta Eduardo Matos Moctezuma, el director de las excavaciones del Templo Mayor, la visión del mundo de los aztecas. A diferencia de Séjourné, Matos Moctezuma subraya la relación entre el pensamiento religioso del mexica y la base económica del Estado.² El culto al dios solar y de la guerra constituye la manifestación ideológica de la dominación de los aztecas sobre los otros pueblos, una dominación que exige tributos —el suministro de maíz, frijoles, cacao, mantas, plumas, artesanía— lo que junto con la agricultura forma la base económica de Tenochtitlan. Pero no solamente las creencias, prosigue Matos Moctezuma, sino también los sacrificios, las estatuas y los rituales, así como la arquitectura misma del Templo Mayor expresan “el control económico, político y religioso, que Tenochtitlan ejerce sobre sus propios habitantes y sobre las demás poblaciones”. El sacrificio ritual más importante en el Templo, la representación del mito de la lucha de Huitzilopochtli contra su hermana Coyolxauhqui y sus hermanos, simboliza la lucha política interna entre los pueblos. Coyolxauhqui no es solamente la diosa lunar, ella simboliza la fracción derrotada en la guerra entre las tribus y va a ser representada en el ritual por los prisioneros de guerra destinados a la muerte sacrificial. Además de repetir el mito, esta ceremonia transmite un mensaje económico-político: las tribus vencidas deberán pagar un tributo; una obligación simbolizada por el sacrificio.

Indudablemente estas interpretaciones han contribuido a aclarar muchos aspectos del pensamiento guerrero de los aztecas, sin embargo, tan pronto se cuestiona la contribución del sistema socio-económico en la formación de la concepción del mundo, estas interpretaciones tropiezan con algunas dificultades. Aquí quiero referirme a tres de ellas:

i) Los análisis, que aquí hemos expuesto brevemente, señalan cuáles son los intereses que los aztecas articulan en su concepción del mundo y cuál función cumple ésta en el sistema económico-político, pero no mencionan nada acerca de las condiciones bajo las cuales se forma precisamente la concepción del mundo. No está de ninguna manera claro, cómo el dominio de los aztecas sobre una larga lista de pueblos y el pago de tributos dan origen al mito y al ritual, es decir a formas de vida

mentales. Cuando Matos Moctezuma considera la visión del mundo como expresión de la situación política, social y económica, se refiere seguramente a que las construcciones mentales solamente pueden formarse en la práctica social, pero ¿de qué manera tiene lugar el proceso de formación de la concepción del mundo en la sociedad, cuáles son las estructuras de las que se dispone, son preguntas que permanecen sin respuesta. Las interpretaciones expuestas carecen de una teoría que explique las formas de vida mentales en su proceso constitutivo en la práctica material —que evidentemente no se limita a la base económica— y que conforme a este fundamento puedan analizar el surgimiento de una concepción del mundo.

Lo que impide que las interpretaciones descritas puedan explicar el origen y el proceso de formación de la visión del mundo lo constituye el hecho de que ellas identifican a la clase dominante como el sujeto de la construcción estructural de formas de vida mentales. La sola referencia a “la necesidad” de la clase dominante de conformar la visión social del mundo de acuerdo a sus intereses, asegurando con ello el poder, no basta para explicar el proceso de formación de una concepción del mundo. Intereses constituyen la articulación de objetos, pero estos dependen del sistema cognitivo. La pregunta ¿cómo se construye la concepción del mundo?, difiere de la pregunta ¿cuál es la semántica que recubre ésta estructura?

Si se siguen de cerca las condiciones iniciales y el desarrollo del proceso de formación de la cognición, aparece el sujeto, y no una clase social, como el constructor real de las formas de vida mentales. Después de numerosas observaciones y experimentos, no existe ninguna duda de que cada individuo en las fases primeras de la ontogénesis desarrolla categorías y ciertos esquemas operacionales. Es evidente que no todo miembro de la sociedad inventa un mito que encuentra aceptación social, pero cada miembro de la sociedad desarrolla un sistema cognitivo, y lo hace hasta el punto en que se vuelve accesible la comprensión del mundo alcanzada en su época y por su sociedad. Si se tiene esto en cuenta, debemos cambiar nuestra comprensión de la formación de la visión del mundo azteca: No es la clase dominante, la que a través de algún mecanismo inexplicable interpreta el mundo conforme a sus intereses, más bien son sacerdotes y jefes guerreros que construyen su mundo exactamente igual que todos los demás miembros de la sociedad: a través de la formación individual de estructuras del pensamiento y de la elaboración mental de las experiencias que resultan de la práctica material y social de su época. Ciertamente los individuos que se encuentran al frente del Estado tienen el privilegio de integrar sus intereses econó-

micos y políticos en la concepción social del mundo, pero sus capacidades intelectuales se basan en un sistema cognitivo que en su desarrollo y en su organización estructural es igual al de cada miembro de la sociedad azteca. Recordemos este proceso.

Si consideramos al sujeto individual y no a una clase social como actor del proceso cognitivo, los pasos de la génesis de la concepción del mundo se vuelven claros: en los primeros años de vida cada sujeto comienza en la interacción con el medio a formar un sistema cognitivo a través del cual ordena la realidad que tiene ante sí. La razón del desarrollo de esta capacidad no nos es desconocida; la incapacidad del organismo humano de satisfacer sus necesidades elementales después del nacimiento impulsa un proceso en que se desarrollan las capacidades mentales y prácticas que contribuyen a garantizarle una vida independiente. Este proceso de aprendizaje es estimulado por los miembros adultos de la sociedad hasta que el individuo es capaz de lograr subsistir por sí solo. Como eje central de este proceso se encuentra el desarrollo de estructuras que hacen posible que el comportamiento propio se integre con éxito en el mundo.

Sólo cuando se considera al individuo como sujeto del desarrollo cognitivo y las construcciones mentales de una cultura son entendidas a partir de la ontogénesis, se puede analizar la elaboración de experiencias exteriores con respecto a la construcción del mundo. El sistema de la cognición proporciona exclusivamente el esquema fundamental de la vida mental. Sobre esta base se construyen e interpretan las experiencias en el mundo natural y social. El contenido de la concepción del mundo, al contrario de su estructura que se construye en la infancia, proviene de las experiencias concretas que los adultos realizan en el mundo. Aquí, en el terreno de los adultos, el pensamiento se confronta con todas las modalidades del mundo exterior. Las formas categoriales que determinan la lógica de mitos y rituales son, por lo tanto, parte de un sistema cognitivo que en sus estructuras se construye en las primeras fases de la ontogénesis, pero cuyo desenvolvimiento posterior, así como su contenido semántico, se deben a las experiencias en el mundo adulto.

Un ejemplo lo constituye la idea de los antiguos mexicanos sobre las necesidades del sol. La idea de sacrificar prisioneros de guerra surge de la elaboración de la experiencia del pueblo azteca en la guerra contra los pueblos vecinos. La idea retoma lo que se experimenta en la práctica: a los enemigos hay que darles muerte, pues ellos ponen en peligro la propia sobrevivencia del pueblo azteca. Con su aniquilación se asegura el orden social y natural, que para los aztecas es sólo uno. Sin embargo, la idea de que la vida del sol sólo puede mantenerse a través del sacrificio

de los seres vivos está ligada a un pensamiento que, debido su esquema de interpretación, ve amenazada la existencia de todo el universo y que, debido a su forma determinada de vincular casualmente los fenómenos, ve en el sacrificio un medio para su conservación. Tanto la creencia como el ritual son sólo comprensibles si se parte de la lógica categorial desarrollada en la ontogénesis temprana que vincula causalmente fenómenos con características semejantes. Este concepto de causalidad es lo que hace posible la idea de que la vida del sol sólo puede prolongarse mediante el suministro de vida humana o animal. "La vida genera vida", es la fórmula concisa en la que se puede resumir el concepto de causalidad en que descansa el sacrificio. Por cierto, la independencia de la lógica fundamental del sacrificio de la base económica se ve confirmada por las investigaciones históricas, pues los aztecas practicaron sacrificios de animales y el ofrecimiento de plantas mucho antes de entrar en guerra con las tribus del Valle.

ii) Las limitaciones de los análisis tradicionales resultan claras, no solamente si se pregunta por el proceso de formación de la interpretación del mundo, sino también cuando los autores citados describen la adquisición del pensamiento religioso. Si se considera más de cerca el contenido del concepto "ideología" se ve que éste atribuye a la clase dominante una ilimitada capacidad para confeccionar el mundo espiritual conforme a sus intereses, mientras que niega al resto de los miembros de la sociedad la posibilidad de desarrollar capacidades mentales. Es solamente el hecho de poseer el poder, lo que hace posible que sacerdotes y jefes guerreros construyan una visión del mundo. Evidentemente este supuesto tiene consecuencias decisivas en la idea de los medios que permiten la asimilación de la ideología por el resto de la sociedad. Hay que suponer que cada miembro de la sociedad, sin un proceso propio de formación del mundo, se ve obligado a asimilar la visión del mundo que los sacerdotes y jefes guerreros han pensado para toda la sociedad. Sin un análisis que aclare cómo los individuos aceptan los contenidos que estructuran su mundo sólo queda mencionar la imposición por medio de la violencia como forma de transmisión. La pregunta que hace ver lo erróneo de esta interpretación es: ¿Cómo es posible que los individuos asimilen a través de la violencia los contenidos que estructuran su mundo?

Para acercarnos a contestar la pregunta sobre la adquisición de la concepción del mundo, tenemos que hacer presente lo que el sujeto mismo desarrolla y lo que el orden social le aporta. Como ya se mencionó, el proceso de formación de la concepción del mundo sólo se puede conceptualizar como una elaboración del propio sujeto. La condición de

este proceso es sin embargo la interacción social: sólo en la relación con una persona más competente el individuo puede desarrollar capacidades cognitivas. La interacción social con los adultos significa un estímulo permanente que, por un lado, posibilita el desarrollo cognitivo y, por otro, asegura la continuidad de las formas culturales. El niño desarrolla en el proceso de aprendizaje lo que los adultos, antes que él, desarrollaron; él aprende a organizar el mundo en la misma forma en que lo encuentra. Pero no porque la sociedad estimula este proceso y la construcción de estructuras cognitivas se realiza a través de contenidos sociales, debe considerarse a la sociedad o a una determinada capa social el agente de este proceso. El proceso real de construcción reside del lado del sujeto: éste debe desarrollar el armazón estructural por sí mismo y para sí mismo. Una inmediata asimilación como consecuencia de alguna medida coercitiva o de una orden proveniente de la autoridad, no es posible debido al tiempo requerido por el proceso de aprendizaje y a que las fases de construcción decisivas tienen lugar en la ontogénesis temprana.

Desde esta perspectiva la idea de que la capa social dominante puede confeccionar a su arbitrio la concepción del mundo, así como la tesis de la imposición de la ideología a través de medio violentos se vuelven relativas. Sacerdotes y jefes guerreros no hubieran estado en situación de concebir el sacrificio humano, si no se hubiera constituido en los esquemas estructurales del pensamiento la lógica fundamental de este ritual. El grado de desarrollo de las estructuras cognitivas determina no solamente la posibilidad de la formación de la visión social del mundo, sino también la posibilidad de la aceptación de los cambios que esta visión experimenta. La creencia en la efectividad del sacrificio humano como medio para asegurar la sobrevivencia del universo es una idea que en su lógica interna obedece a los esquemas con los cuales el pensamiento interpreta el mundo. No existe ninguna razón para suponer que el pueblo azteca hubiera tenido un concepto de causalidad diferente al de los sacerdotes. Si se consideran los mitos de la creación, las ideas sobre el nacimiento y la muerte, sobre enfermedades e infortunios, etcétera, se ve sólo el mismo concepto de causalidad. En el tiempo anterior a la conquista los aztecas no disponían de otro modelo de explicación de los fenómenos naturales que hubiera demostrado la inutilidad del sacrificio humano.³ Aún cuando no se tenga interés de profundizar en el concepto de causalidad de los aztecas, hay que aceptar que, debido al grado de desarrollo del sistema cognitivo en la sociedad moderna, la idea de que el sacrificio humano es necesario para la vida del sol, no tendría ninguna posibilidad de encontrar aceptación social. Ni la más cruel dictadura podría hacer aparecer esta idea como digna de credibilidad.

Otra de las dificultades que presentan las investigaciones hasta ahora realizadas lo representa el hecho de que su instrumentario teórico deja sin explicación numerosas creencias y formas culturales. Una buena parte del pensamiento de los antiguos mexicanos son mitos que tratan del origen de los hombres y de los alimentos, así como creencias acerca del nacimiento, de la enfermedad y de la muerte o del destino después de la muerte. En ellos es difícil reconocer una ideología, en el sentido de un conocimiento aparente instrumentalizado por la clase dominante. Todavía más difícil es encontrar la relación entre las construcciones mentales y la organización económica, un factor que, según Matos Moctezuma, junto al socio-político, es el origen de las ideas religiosas. Apenas es posible imaginar cómo los mitos de los antiguos mexicanos, como el del origen del hombre, puedan ser comprensibles a través de la forma de producción.

El supuesto de que las formas de producción determinan las formas mentales, para el cual el método marxista reclama validez universal, y que Matos Moctezuma retoma, nos da motivo para profundizar en las explicaciones del materialismo histórico sobre el surgimiento de las formas mentales, así como para discutir su significado y sus limitaciones dentro de una teoría del conocimiento. Esto es importante, porque el problema central de las interpretaciones de algunos etnólogos mexicanos reside en la asimilación poco crítica del marxismo ortodoxo. Dejemos primero a Matos Moctezuma exponer el procedimiento metodológico que aplica a las formas de pensamiento de los antiguos mexicanos, y que se basa en las enseñanzas de Carlos Marx⁴:

En el primer capítulo señalamos cómo habíamos utilizado, entre otros, conceptos que nos sirvieron metodológicamente para poder establecer la diferencia que existía en el proceso de investigación a partir de lo fenoménico, de lo externo y empírico, al interior de esos fenómenos, a la esencia que los produce. Fue así como fenómeno y esencia jugaron un papel importante para no quedarnos solamente en el umbral del dato, sino pretender avanzar un poco más hacia los motivos que provocan determinados fenómenos y la relación que existe entre unos y otros, no como simple relación de causa y efecto, sino visto de manera dialéctica que nos permita comprender cómo el conjunto de la información que hemos presentado, nos lleva ahora a hacernos una última pregunta a la luz de la nueva información obtenida y que a la vez fue la primera que nos planteamos: qué hay detrás del simbolismo del Templo Mayor, con todo lo que ello significa.

Para poder responderla, partimos de una análisis de la sociedad mexicana, del cual se desprendía que la supervivencia de la misma estaba basada en dos aspectos fundamentales: la producción agrícola y la guerra. De aquí se derivó la problemática inicial y a ella regresamos con una información más

amplia y rica. Creemos que con ella podemos aseverar que la presencia de Tlaloc y Huitzilopochtli en el Templo Mayor con todo su contenido, está unida íntimamente al aspecto de la necesidad fundamental de la base económica en la que se sustenta el mexica.

Sin hacerse complicadas ideas sobre el surgimiento de las formas mentales, Matos Moctezuma vincula la visión azteca del mundo con el materialismo histórico. Sin embargo, Marx no desarrolló una teoría del conocimiento que hiciera comprensible el proceso constitutivo de las formas de pensamiento a lo largo de la historia. Esto no significa de ninguna manera que el materialismo histórico no hubiera hecho aportaciones decisivas a la constitución de una teoría de la génesis de las construcciones mentales. Por el contrario, éste abrió una perspectiva que hizo posible la conceptualización de tal desarrollo. Como es conocido, Marx hizo en su crítica al idealismo el señalamiento decisivo sobre las raíces reales del pensamiento, que formuló en forma concisa: "No es la conciencia la que determina el ser, sino el ser el que determina la conciencia". Pero para Marx no es el ser del hombre la mera existencia material, el ser del hombre es un ser social. En la forma de organización social se encuentra la razón de las formas mentales, no en el pensamiento absoluto, como afirma Hegel. Y ya que los sistemas de pensamiento, como la teología o la filosofía experimentan en la forma de organización social su proceso de formación, reflejan por lo tanto las características de ésta.

Es evidente que estas consideraciones solamente pueden servir como punto de partida en una teoría del conocimiento. En qué forma la praxis del ser social estimula el proceso de formación de la conciencia, no es mencionada por Marx. Cuando él recurre a la actividad concreta con la cual los hombres aseguran su subsistencia, es decir al trabajo, para explicar la formación de la conciencia implícitamente da por un hecho el desarrollo de procesos cognitivos. Pues no puede dudarse de que el trabajo humano requiere, cuando menos, de una previa organización mental del mundo. Sin duda alguna Marx tiene razón cuando ve en la praxis social la condición indispensable de las formas mentales, pero éstas no se limitan de ninguna manera al trabajo; la praxis social es mucho más extensa.

Para comprender lo que los hombres de cada época han pensado sobre el mundo y sobre sí mismos, hay que reconstruir las condiciones concretas bajo las cuales transcurre el proceso y esto, desde su inicio. En otras palabras, el concepto de "praxis", en su papel constitutivo en los procesos cognitivos, debe ser ampliado de tal forma que tome en cuenta las circunstancias reales bajo las cuales el proceso de desarrollo

de las formas de pensamiento ocurre. Mientras este proceso no sea reconstruido y la conciencia sea relacionada únicamente con el trabajo, la forma en que el pensamiento se encuentra ligado a la práctica permanece oculta.

Si se considera el desarrollo de las formas mentales, como realmente ocurre, los conceptos de "realidad aparente" y "esencia", el punto de partida metodológico de Matos Moctezuma, se vuelven superfluos, pues las condiciones determinantes, bajo las cuales se desenvuelven los procesos cognitivos, son empíricas; circunstancias externas, tan concretas como la realidad aparente, y de ninguna manera una realidad que no se muestra directamente. La impresión que justifica el uso de tales conceptos, es la impresión falsa de que las formas culturales resultan de una dimensión oculta y escondida de la realidad. En la propia experiencia, cada ser humano puede, sin mayores problemas, identificar las condiciones sociales reales, que estimulan la construcción mental del mundo. No se puede negar que esta construcción se inicia en las sencillas interacciones sociales de la ontogénesis temprana. Por lo tanto, no existe ninguna razón para seguirse sirviendo en la investigación sobre las formas de pensamiento de categorías que se refieren a una realidad escondida y mediata.

El punto débil de la interpretación de Matos Moctezuma es un problema que afecta a toda la teoría marxista del conocimiento: la injustificada asimilación del sistema cognitivo al sistema socio-económico. En lugar de preguntarse cómo el hombre organiza mentalmente el mundo, y de reconstruir el proceso cognitivo, Matos Moctezuma hace una fusión de los mitos y rituales con el sistema económico.⁵

El aparato ideológico en su conjunto estaba solamente orientado a asegurar la sobrevivencia y fundía tanto intereses económicos como míticos, dándole al ritual una mayor efectividad. Este fenómeno —el ritual, que pertenece a la apariencia— conforma igualmente el efecto sustancial del Templo Mayor.

Con ello no solamente se dejan de lado las creencias que apenas muestran aspectos análogos a la organización económica, la posibilidad de una explicación se limita a comprender el proceso como "una manifestación", "una expresión" o "un reflejo", en la que la pregunta, cómo surgieron las relaciones entre la economía y la cognición se queda sin respuesta.

La consecuencia inmediata de esta fusión es que la crítica a la injusticia del sistema productivo se vuelve una crítica a la visión del mundo: Tlaloc y Huitzilopochtli son, como consecuencia de aquello que reflejan, instrumentos y símbolos del poder. Matos Moctezuma.⁶

...La presencia de Tlaloc y Huitzilopochtli en el santuario doble no hace más que reflejar dentro de los marcos ideológicos y religiosos la base económica del Estado... Por consiguiente el ámbito arqueológico del Templo Mayor en su totalidad, así como los sacrificios, las estatuas, los rituales, etc.—reflejan el control económico, político y religioso que Tenochtitlan ejerce sobre sus propios habitantes y sobre otros pueblos.

Es obvio que la instrumentalización de figuras divinas sirva a intereses vinculados con el poder, pero esto no explica la existencia de tales figuras, como tampoco su instrumentalización puede ser explicada por mecanismos cognitivos. Como se puede ver, la fusión cierra a ambos lados la posibilidad de una explicación. Así, los argumentos de Matos Moctezuma tropiezan con dificultades tan pronto se pregunta sobre el origen de estos dioses. La existencia de Tlaloc, el dios de la lluvia, para tomar el ejemplo menos complicado, sólo puede atribuirse a un esquema por medio del cual los aztecas se explican la lluvia. No sorprende entonces, que esta divinidad sea especialmente venerada por los campesinos, una capa social que de ninguna manera comparte los intereses de la clase dominante.

Para explicar el mundo prehispánico debe considerarse el sistema socio-económico y político por un lado y el sistema cognitivo por el otro, como los procesos de desarrollo que marchan paralelos, pero que se desenvuelven a través de estructuras propias. Las estructuras cognitivas no son de ninguna manera las estructuras de la organización familiar, estatal, económica o social.

Notas y referencias bibliográficas

1. Séjourné, Laurette, (1987), *Pensamiento y religión en el México antiguo*, Fondo de Cultura Económica, México , p. 37.
2. Matos Moctezuma, Eduardo, (1986) "Der Templo Mayor", publicado en *Glanz und Untergang des alten Mexiko*, Römer- und Pelizaeus-Museum, Hildesheim (Editor), Verlag Philipp von Zabern, Mains am Rhein, pp. 105-119.
3. En la pugna que existe entre los partidarios de las formas de culto predicadas por el sacerdote tolteca Quetzalcoatl y los sacerdotes partidarios del sacrificio humano no se puede ver un concepto de causalidad diferente. La diferencia radica en que en las ideas religiosas de Quetzalcoatl el origen es visto preponderantemente como sujeto y en el culto al sol el origen es visto como sustancia. Pero ambas perspectivas pertenecen, en esencia, al mismo concepto.
4. Matos Moctezuma, Eduardo, (1986), *Vida y Muerte en el Templo Mayor*, Oceáno, México, p. 81.
5. Matos Moctezuma, Eduardo, (1986), "Der Templo Mayor", *op. cit.*, p. 114.
6. *Ibid.*, p. 112.